

## **¡Vuelve el Mío Cid! Cabalga su hidalguía por España.**

### **I**

#### **El Cid cabalga por España.**

¡Vuelve el Mío Cid! Cabalga su hidalguía por España,  
cabalga, como ningún hombre cabalgó por nuestra Patria,  
siempre acosada por huestes de enemigos irredentos,  
confabulados hoy con los separatismos etnocéntricos,  
que enarbolan las armas de la desintegración,  
que, cuando era unidad de fe y cultura, ya sufrió  
la Hispania grecorromana, visigótica y cristiana,  
madre espiritual y liberal de nuestras tierras y almas.

Vuelve el Mío Cid, por nuestra Grande Hispania,  
nobleza de civilizaciones que proclaman la libertad  
amenazada por el terror nacionalista o musulmán,  
y la exclusión de los hijos de Dios y de la verdad,  
de los españoles que protegen la identidad milenaria  
de España como Nación de una Europa primaria,  
cuyas nobles Cortes engendraron el derecho constitucional.

Por los pueblos de España,  
el Mío Cid, Rodrigo Díaz de Vivar,  
regresa y cabalga con gloria y templanza,  
viene junto a caballeros de honra, honor y lealtad.  
Abre, con espada de justicia,  
los caminos de la Historia y el destino de todos,  
que el terror y los nacionalismos han sepultado en el odio,  
igual de traidores y viles que el destronado rey Witiza,  
su hermano Oppas, desertor y apóstata mitra,  
y el Conde Don Julián, la insidia genocida,  
que se aliaron con el bárbaro alfanje beréber musulmán,  
contra el último rey visigodo, Don Rodrigo,  
que, vencido en Guadalete, el río del olvido,  
entregó, con su muerte, el Reino a la esclavitud del islam  
y al odio fratricida de las hordas internas sin moral,  
confabuladas para el exterminio.

### **II**

#### **El Cid llama a las puertas de España.**

Llama el Mío Cid don Rodrigo, a las puertas cerradas de España,  
llama golpeando para que se abran  
a la libertad de Dios, las personas y tierras,  
que otro noble visigodo, Don Pelayo, astucia y roca,  
restableció con la primera piedra  
en la Reconquista de la tierra Patria,  
venciendo al invasor islam, en la batalla de Covadonga.

Muchos ocultos hay en sus casas, como otrora,  
 que tienen miedo y no abren  
 a su llamada, les ata el miedo al poder político en deshonra,  
 tan vil y traidor a las leyes democráticas,  
 violadas por las alianzas  
 que con los enemigos de España hace.

Pocos son quienes le abren  
 las puertas y lo entran en sus casas sin temor,  
 pero esos pocos son la salvación  
 de una gran mayoría maniatada al poder cobarde,  
 que el estómago y el bajo instinto le satisface  
 y embota la mente a la fe y a la razón.

### III

#### **El Cid y la Monarquía.**

Cid Ruy Díez Campeador, recuerda a la Monarquía  
 ausente en los aposentos de ocio y oro,  
 que cuando se olvida de luchar por la libertad de todos,  
 llega la hora de rehabilitarla con el honor y la valentía  
 de los reyes de la Monarquía Católica de nuestra España,  
 para así salvar la luz del sendero  
 de nuestra Monarquía Parlamentaria,  
 que el Soberano Rey Borbón, Juan Carlos I,  
 ha de mantener intacta,  
 como así quisieron nuestros reyes de España,  
 los más de ellos, proclives a obras virtuosas y notables hechos,  
 que no oscurecen las felonías de otros monarcas,  
 indignos de la Corona de nuestro Reino.  
 De estos menos reyes o nobles, traidores de negra historia,  
 más vale ni nombrarlos y dejarlos bajo tierra,  
 pues, no son dignos de bienes, honores, títulos y haciendas,  
 y su lugar siempre más seguro, son las cárceles de la memoria.

### IV

#### **El Cid arenga al Ejército.**

Arenga con su palabra de ley y nobleza,  
 el Campeador, al Ejército Español,  
 que desarmado de las hazañas en defensa de nuestra Nación,  
 necesita del honor de sus armas, con gestas  
 ennoblecidas por gloriosas victorias de gran valor  
 sobre quienes odian la paz y la unidad verdadera,  
 dentro y fuera de la España que siempre nos amó.

Dice el Mío Cid Campeador, que en buena hora la espada ciñó:  
 “Los soldados son nuestra gloria de vida,  
 ellos protegen a hombres, mujeres y niños del furor  
 de los sanguinarios y tiranos, enemigos de nuestra justicia,  
 dada por Dios para alcanzar el bien de la paz sin temor.  
 ¡Poned, soldados de España, en muy buen recaudo, la paz  
 en todas las regiones de la España unida,  
 para que, por gracia de Dios, vivamos todos en libertad!”

A caballo o a pie, el Cid, con sus mesnadas de Reconquista,  
 fortalece al Ejército Español por tierras de nuestra madre España,  
 que los enemigos de siempre quieren dividirla  
 en taifas confederadas, regidas por oligarcas  
 impuestos por una izquierda sin más patria que el poder,  
 y consentidas por una derecha liberal sin fe  
 y amilanada, ante la guerra sin cuartel,  
 de las banderías del laicismo nacionalista y proislámicas.

## V

### **El Cid defiende a España de sus enemigos.**

Mío Cid, Gran Señor de España, defiende con su Tizona  
 imbatible, al Estado de Derecho en ultraje,  
 en un proceso ignominioso de capitulación destructora.  
 Detrás de su escudo: roca, muro, muralla, baluarte y fortaleza  
 inexpugnable, acoge y protege, con coraje,  
 a los más débiles: las víctimas del terror que sufren vilezas  
 y continuos ataques de las celadas laicistas del poder,  
 pues, no saben cómo defenderse de tantas armas y falsedades,  
 que asesinan los valores de la sangre y del ser.

Ellos suplican al Mío Cid, que en buena hora nació:  
 “¡Destierra de las tierras libres de España, a quienes la violan  
 con las ideologías sin Dios aliadas del terror!  
 ¡Tritura! Con los incansables cascos de Babiaca, las hordas  
 que inundan de mensajes falsos y noticias inmundas,  
 los caminos de la libertad de España de siempre y ahora,  
 que ensucian de muchas mentiras enmascaradas de verdad,  
 cuando la verdad de los hijos de España es única,  
 ¡Verdad que Dios bendiga para la posteridad!”

## VI

**El Cid recibe noticias de la destrucción de España.**

Al Cid, muy pronto, le allegan al oído, ingentes noticias  
de la ruina cercana de España que se ha perpetrado en las Cortes:  
Del Antiguo Reino de Aragón, en Cataluña, aún autonomía,  
algunos quieren reinventarse la separatista insidia  
de una nación imaginaria sin ningún norte,  
cuando Aragón fue Reino que unió su Corona con la de Castilla,  
para crear el Estado moderno, nacido, en las antiguas Cortes,  
de la Católica y muy Española Monarquía:  
la de nuestros Reyes Católicos: Isabel y Fernando, por nombres.

Del fidelísimo y buen Reino de Navarra,  
hoy felina y bifronte comunidad foral,  
del Condado de Vasconia y señoriales Vascongadas,  
con la Corona de Castilla siempre en lealtad,  
los fueros-privilegios de la autonomía Vasca,  
han urdido una nación mítica fuera de lugar,  
de nombre impronunciado y de mundo radical,  
que de igual modo quiere anexionarse, sin máscaras,  
a la buena Rioja del Reino de Castilla  
y del buen vaso de vino que el poeta Berceo encomia  
para andar más prestos, al peregrino de la vida,  
el Camino de Santiago, los caminos de Roma  
y del mundo, que Ramiro I de Asturias, libra,  
con ayuda divina, de toda guerra santa del islam,  
venciendo en la Batalla de Clavijo, para su gloria,  
al emir omeya Abderramán II, el imitador de Bagdad.

De la Andalucía, el sin sentido perpetra una realidad histórica  
de cuento-ficción-islámica, sin raíces cristianas,  
un al-Ándalus mítico, que de forma despótica,  
mutila al Reino de Tartessos y a la Bética romana,  
pero que entró en declive, cuando las huestes musulmanas  
sucumbieron en la Batalla de las Navas de Tolosa.

De Castilla y León, sólo quedan destemplanzas  
provocadas por divisiones y separaciones, de deshonra,  
en autonomías desintegradoras:  
Castilla León y Castilla la Mancha,  
las dos castillas sin ser Castilla,  
la Corona de Castilla mancillada,  
y tanto la Mancha como León de hoy en día,  
invenciones de la sinrazón traidora,  
que olvida la Historia con indigna intención,  
pues, Castilla, antes de ser Reino, fue condado del Reino de León,  
y con Fernando III el Santo, León, fue de la Corona de Castilla.

De la Galicia, otro Reino de la Corona de Castilla,  
 Antiguo Reino de los germanos suevos arrianos, los utópicos  
 se sacan otra micronación de un Reino de Suevia anacrónico,  
 que reniega de Santiago Apóstol por el pagano nacionalista.

Del Reino de Asturias, fiel a la Corona de Castilla,  
 tan solamente nos queda el Principado de Asturias  
 con franca Cruz de Covadonga,  
 donde el alfa y la omega de la Cruz de la Victoria,  
 es balanza que equilibra, con la honra más pura:  
 ¡Defender al piadoso y vencer a los enemigos fraticidas!

De Cantabria, cierta identidad se guarda,  
 como visigótico Ducado, La Montaña, también marítima,  
 durante siglos repobló de montañeses media España,  
 pero se vuelve mercenaria y sumisa,  
 al poder que más la amamanta.

De Extremadura, Lusitania de hermosísimas ruinas turísticas,  
 la taifa de Badajoz en lucha contra la Córdoba califal,  
 reconquistada por los reinos de Castilla y León,  
 no se sabe si será nación,  
 o en el galimatías territorial  
 de nuestra España, tierra perdida.

De la capital de España, Madrid, se ha diseñado  
 una uniprovincial comunidad,  
 a cambio de ser menguada  
 capital del Reino de España,  
 ¡Ella que fue el centro mundial  
 de un Imperio Español inigualado!

De Ceuta y Melilla, dos españolas ciudades,  
 tan amenazadas por el abandono  
 y el miedo a la media luna, las veleidades,  
 se han sacado dos ciudades autónomas minúsculas:  
 una, la perla negra del Mediterráneo indómito,  
 tan codiciada por el islam moro,  
 la otra, la Corona Ducal del linaje  
 de Guzmán el Bueno, no se rinde nunca.

De Valencia, algunos se atreven a independizarla  
dentro del pancatalanismo irrealizable de gleba:  
unos países catalanes imaginarios de pancarta.  
Fue taifa sarracena, después Reino de Valencia  
con la Corona de Aragón, como la Región de Murcia,  
del Califato de Córdoba, taifa de resistencia,  
después, Reino de Murcia y tierra segura  
y en la paz de Dios, con los reyes de la Corona de Castilla.  
Siete coronas de fidelidad a nuestra Historia,  
no han sido méritos sino desagravios y perfidias  
del poder insolidario que niega a la Huerta de Europa,  
el agua de hoy y de toda la vida.

Valencia y Murcia, Murcia y Valencia,  
¡Tierras de Levante que tú, Mío Cid, con dos espadas,  
la Colada y la Tizona de la Era Hispánica de mil cuarenta,  
reconquistaste vivo, o muerto sobre tu montura Babieca,  
al moro invasor, como otras tantas tierras de España!  
Tierras de Reconquista de la libertad preciada,  
que tú lograste, como la merced de tu Señor Rey Alfonso VI,  
que injusto y airado contigo, te condenó al destierro,  
lejos de tu familia, amigos, heredades, tierra, hacienda y casa.

De las Islas Baleares, islas tan europeas,  
quieren hacer, una lengua y una tierra únicas,  
la que fue Marca Hispánica de los condados carolingios,  
más tarde, Principado de Cataluña,  
la ahora falsa nación imaginaria sin ideas  
y antes, como las Islas, de la Corona de Aragón, dominios.

De las Islas Canarias, hacen una Atlántida platónica  
de guanches que reniegan de los godos cristianísimos,  
para vivir en la utopía de un atlantonacionalismo  
en un archipiélago fuera de nuestra órbita,  
que el miramamolín del imperio de Marruecos  
invade de inmigrantes en pateras y cayucos inhumanos,  
consentidos por los aliados del islam radicalizado,  
que, viles, le entregan el Sahara y Canarias, por el mismo precio.

Con tantas comunidades, al bien común ajenas,  
fronteras artificiales reacias al espíritu de la unidad,  
se impide a la razón seguir la brújula del buen gobierno,  
¡Cuánto mejor andaría España, guiada por una misma bandera!:  
¡La tuya, Mío Cid, la de todos!: ¡Surcaríamos los contratiempos  
con tu leal lanza proyectada hacia la Historia en libertad!

#### **Despedida del poeta.**

Los versos de este poema, que aquí han concluido,  
se han escrito en memoria de Mío Cid Campeador,

y de cuantos como él han entregado la vida y el honor  
por resucitar a España de la ira de los enemigos  
que quieren destruirla con el odio y el terror.  
¡Junto al Cid y sus valientes, venceremos el peligro!

(Del poemario, **Liturgia de la memoria**).

**Diego Quiñones Estévez**